

E. MIRET MAGDA LENA

LA moral de los manuales eclesiásticos da pautas para la aceptación del desnudo en las manifestaciones artísticas y científicas. Muchos de ellos aceptaron la visión del desnudo humano por tres motivos: higiénicos, médicos y artísticos.

Hoy tenemos que entender esas mismas normas con arreglo a los nuevos descubrimientos de la ciencia psicológica y antropológica, para que no se queden en recetas empíricas de dudoso valor. La higiene ha de ser entendida no sólo físicamente, sino con amplitud psicológica; la medicina, igual, y el arte se manifiesta en otros aspectos nuevos (cine, televisión, radio, fotografía, etc.).

El desnudo, en una representación artística, tiene en la moral tradicional una justificación. Y si, además, en esa representación se expresa algún otro valor humano importante, añadido al estético, como es algún motivo cultural desarrollador de los factores que hacen al hombre más hombre, se accede a una nueva justificación complementaria. Eso es lo que han recogido las nuevas normas morales cinematográficas.

Muchas láminas de biología o de fisiología o de anatomía carecen de una contextura artística y, sin embargo, se justifica su existencia y conocimiento por el valor que aportan al mejor conocimiento y desarrollo humanos desde el punto de vista educador o científico. La ciencia natural puede justificar el conocimiento del desnudo humano, aunque no tenga pretensiones artísticas. No obstante, si se unen a aquellas razones los valores artísticos, hay una potenciación de esa justificación.

Estas son las conclusiones de la moral tradicional, a la que se deben añadir los descubrimientos de la psicología sexual humana actual.

Un popular moralista de anteguerra, el jesuita padre Vilarinho, decía que el "desnudo" se justifica en los museos del Vaticano porque "por ser tan notable el arte de algunos de estos cuadros, se tolera lo malo en gracia de lo bueno". Lo malo es —según estos moralistas— el peligro de atractivo hacia acciones deshonestas.

El arte, según ellos, vence este peligro que velan en el desnudo mismo, porque la contemplación estética supera y hace inocua la emoción sexual. Ahondando un poco más tendríamos que decir que el sentimiento estético se produce por la contemplación de los valores artísticos y "no es un incentivo para la acción" (Martha Simpson: *El arte para todos*. B. Aires, 1951). La imagen por sí misma no conduce al acto representado, como demostró hace años el psicólogo Thorndike.

Herbert Read, el original especialista en arte, señala con razón que "el arte ha sido... la fijación paciente de lo significativo en la experiencia humana; una cristalización de formas significativas" (H. Read: *Imagen e Idea*. B. Aires, 1965). Las emociones estéticas que produce una obra artística son sentimientos originados por el significado profundo de la

obra de arte y por el mensaje que aporta su modo de cristalización. Todo ello evita el "peligro moral" del desnudo artístico, como enseña con claridad esa moral tradicional de los manuales católicos: lo decisivo, en el arte, es el significado y su modo de cristalización, y no la anécdota a veces vulgar de la imagen misma.

Lo malo es que a esta enseñanza básica se hayan mezclado otra suerte de afirmaciones, como si fuesen verdad, que revelan una gran ignorancia psicológica de las reacciones que produce en el ser humano normal la contemplación del cuerpo del otro.

Estos manuales hablan de partes honestas, menos honestas y deshonestas en el cuerpo humano, que hoy tienden a superar ya que "no hay en el cuerpo humano ninguna parte de suyo deshonesto o menos honesta" (Ferrerres, S.J.: *Eptome de Moral*. Barcelona, 1955).

¿Cuáles son estas partes? Las menos honestas son "el pecho, los brazos, las piernas", y las

EL DESNUDO ANTE LA CIENCIA

deshonestas, "las partes genitales o las a ellas próximas" o. c.). Según estos moralistas, las razones para mirar unas u otras partes del cuerpo humano —olvidando lo más importante, que es el sentido del conjunto— tienen que ser más poderosas cuanto más se acercan a los límites extremos de esa clasificación. Pero la psicología sexual habla hoy de otra manera distinta:

1. Contra lo que se ha solido afirmar en esos manuales morales, "los caracteres sexuales primarios tan sólo excitan al hombre adulto de un modo relativo al verlos" (Dr. Van der Velde: *El matrimonio perfecto*. B. Aires, 1959). Atraen sexualmente más, en principio, "los caracteres sexuales secundarios" y "los movimientos" (o. c.). "El desnudismo bisexual, si es únicamente contemplativo, no es erógeno" (Dr. E. Salgado: *Erotismo y Sociedad de Consumo*. Barcelona, 1974). Por eso, la ley británica admite la aparición de una mujer desnuda en un escenario, pero sin moverse, y no exige el desnudo parcial como en Suiza, por ejemplo. Sin embargo, se olvida, en este planteamiento, el aspecto artístico de la danza, que es movimiento y compensa la reacción atractiva sexual del moverse.

2. El hombre y la mujer son hoy diferentes en su reacción sexual. En una amplia encuesta realizada con hombres y en otra con mujeres,

se ha visto que solamente el 54 por 100 de los hombres "se han excitado contemplando imágenes de desnudos femeninos", y las mujeres, muchísimo menos: "Solamente el 12 por 100 se sintieron impresionadas por reproducciones de desnudo" (D. Guerin: *Kinsey y la sexualidad*. B. Aires, 1956). En nuestra civilización, "la mayoría de las mujeres no se excitan sexualmente con la contemplación del hombre, desnudo o vestido, necesitan sentirse amadas o tocadas" (Ph. y E. Kronhausen: *Sensibilidad sexual de la mujer*. B. Aires, 1966).

3. Produce mayor atracción sexual el semivestido que el desnudo. Hirschfeld hizo una encuesta en la cual se demostró que la excitación ante el desnudo era casi el doble si la imagen femenina estaba semivestida que si estaba desnuda. El pensador G. Simmel, estudiando la psicología de la coquetería, recuerda que "la etnología actual considera como seguro que la ocultación de ciertas partes del cuerpo —como hace el vestido— no tiene primitivamente la menor relación con el sentimiento del pudor..., y obedece a la intención de producir por ocultación un estímulo de carácter sexual...; su fin es atraer la atención y presentar lo adornado como lleno de encantos" (G. Simmel: *Cultura femenina*. Madrid, 1961). Y lo mismo observa el doctor Van der Velde: el vestido en los países cálidos no tiene efecto protector ni físico ni sexual, sino intención de atraer por lo que sugiere.

4. En la educación es preciso tener en cuenta el desnudo, porque "en los medios en que reina una actitud sana y adecuada respecto a la sexualidad, es bueno que los niños vean cómo están formados físicamente los demás; ello les previene contra falsas ideas y una curiosidad malsana", asegura el padre Kriekemans, profesor de la Universidad Católica de Lovaina (*Pedagogía General*. Barcelona, 1968).

5. "El desnudo artístico casi nunca ejerce acción erotizante", es la conclusión que saca el doctor E. Salgado. Y lo artístico no es sólo la pintura, sino todas las manifestaciones de arte que se han ampliado en el mundo moderno, a través del cine y de otros medios de expresión estética.

Durante muchos siglos, los católicos fueron menos puritanos que en los últimos tiempos. El severo moralista Tertuliano no critica a los cristianos que asistían a los baños públicos, donde se bañaban desnudos ambos sexos (*Apologético*). La misma costumbre de los baños mixtos se cultivaba en el Medioevo; los místicos hablaron del amor sexual crudamente, usándolo como símbolo de sus experiencias espirituales; y en el arte se representaba, sin inconveniente alguno, la circuncisión de Jesús, y a María dando el pecho, y al Niño se le pintaba en el seno visible de la Virgen, como recuerda el teólogo A. Adam (*La Primacía del Amor*). Existió durante esos quince siglos cristianos "una franqueza, señal de que lo sexual no era un problema propiamente dicho", como afirma el psicoterapeuta católico Allers. ■